

EDITORIAL

LA INTERCIENCIA

Se ha visto durante los últimos decenios irrumpir, en la ciencia en general y en la biología en particular, multitud de términos destinados a señalar ciertos sectores donde la investigación adquiere, llegado a un punto crítico de su desarrollo, un interés grande y un incremento considerable de su expansión. Se puede observar que la atención se concentra en áreas de trabajo que habitualmente aparecen situadas entre varias disciplinas científicas. Por consenso se designa a los nuevos sectores como interciencias. He aquí unos cuantos ejemplos: biología molecular, biofísica, neurobiología, ciencias biomédicas, biocibernética, biomatemáticas, psicofisiología, etología, etc.

Un examen superficial del fenómeno sugiere la fragmentación excesiva del conocimiento y de la actividad de indagación. La división del trabajo en la investigación científica, como en toda otra actividad colectiva, es la consecuencia natural que responde a una mejor coordinación de esfuerzos al acometer la obra. El investigador restringe su esfera de acción obligado por el volumen cada vez mayor de datos que fluyen cotidianamente a las bibliotecas y con el propósito de dominar alguna o varias técnicas y la semántica de cada especialidad.

Pero si la aparición de esos términos tan solo reflejase la atomización del conocimiento, entonces el fenómeno sería alarmante. Tanto así que indicaría la decadencia del conocer científico. Este pretende elevarse a postulados cada vez más generales: las teorías; y en cambio la actividad dentro de microesferas cerradas tiende a persistir en lo particular.

Sin embargo y afortunadamente lo que sucede no es la ruptura o fraccionamiento de la investigación. Cada una de las interciencias se constituye ciertamente en esferas privadas de actividad, pero sólo en la medida que se sitúan, a veces con gran precisión, como un foco de actividad definido por la técnica, el interés, el estilo de las formulaciones, el método de este estudio o el nivel de integración del objeto estudiado. Pero los límites del área que circundan a un foco determinado se caracterizan en el mundo contemporáneo por sus límites fluctuantes. Por decirlo así, el área está dada por líneas de fuerza densas en el foco, pero que se hacen cada vez menos compactas a medida que se progresa en la dirección centrífuga.

Además la vida de los focos de actividad suele ser efímera. Aparecen y desaparecen dentro de breves periodos. De lo cual resultan múltiples y cambiantes intersecciones de ideas en la periferia.

El fenómeno es tan vivo que no es raro encontrarse con terminologías que suelen parecernos absurdas desde el punto de vista gramatical. Recientemente, por ejemplo, se publicó un libro, dentro de la serie de lecturas selectas del "Scientific American", cuyo título "Bio-Organic-Chemistry" da al traste con el entusiasmo de cualquiera preocupado con las reglas de la formación de términos científicos. Y sin embargo a nadie se escapa el enorme interés del tópico que se señala.

Lo que realmente acontece es que los viejos casilleros positivistas, ya superados, se sustituyen por dispositivos semánticos más dinámicos. Por consiguiente, se incrementan los grados de libertad. Con mayor agilidad los físicos incursionan en la biología; los biólogos en la física; los microbiólogos abordan temas comunes con los bioquímicos; la fisiología es multivalente, de modo que proyecta sus vectores, por un lado, hasta la conducta animal y humana, y más allá, hasta los linderos de la sociología, y por otro, llega hasta la organización molecular de las estructuras subcelulares; la bioquímica adimensional (sin consideración del espacio ni del tiempo) de hace unos cuantos años, se ocupa ahora de fenómenos adaptativos, de organización funcional, integrativos y de información, conceptos todos que se originaron en el estudio del sistema nervioso central, donde la forma y la temporalidad son esenciales.

DR. FRANCISCO ALONSO DE FLORIDA
